

# NUESTRO DECÁLOGO COMPLETO

El decálogo del Hateblocker es un compendio de una serie de principios que debe asumir toda persona que quiera implicarse en la misión de frenar la curva del odio. Sin embargo, se trata de un resumen de razonamientos mucho más profundos y complejos. Por ello acompañamos cada punto del decálogo con una referencia filosófica y algunos autores que den consistencia a nuestro ideario.

¡Te presentamos los 10 mandamientos de Medi para el buen hacer de la comunidad de Hateblockers!

## 1. Cada hateblocker es un agente de cambio que contribuye a frenar la curva del odio en redes sociales

En Eichman en Jerusalén, la teórica política Hannah Arendt (1906-1975) habló de la banalidad del mal. Se trata de la actitud de personas que por acción u omisión son cómplices de actos atroces sin ser conscientes de ello, interpretando que su papel es muy reducido y solo reproduce cotidianamente aquello que se espera de esas personas.

Cuando vemos algo terrible muchas veces o durante mucho tiempo lo aceptamos como parte normal de la vida, de forma que deja de parecernos terrible. Nos convertimos en alguien poco más que indiferente. Podríamos hablar de la banalidad del bien para justo lo contrario: cuando algo maravilloso ocurre muchas veces o durante mucho tiempo y lo vemos como algo normal y no como una anomalía a la que tenemos que cuidar. El ejemplo más sencillo: la democracia.

La democracia es una anomalía en el ser humano. Los grandes hechos democráticos, en realidad, no eran tal cosa o no lo eran tan plenamente. Pensemos en Roma, la República fue un avance respecto al anterior sistema político (la monarquía) y, sin embargo, la capacidad del pueblo era limitada. En el S. XX, las democracias se hicieron más fuertes, se

renovaron y crearon nuevos mecanismos, pero antes tuvieron que acontecerse dos terroríficas guerras mundiales.

La democracia es, en definitiva, frágil. Tan frágil como el papel que la sustenta, a fin de cuentas, lo que somos o dejamos de ser, lo somos porque lo dice un papel.

Hoy día estamos ante una encrucijada: profundizar en la democracia, radicalizar sus procesos y sus efectos, llevarla a todas las facetas de la convivencia en sociedad...; o, todo lo contrario, restringirla y dejar las decisiones públicas en manos de una serie de elegidos, bien sea por sus conocimientos como tecnócratas o bien por su visión de un horizonte mejor cuyo liderazgo carismático nos guiará hasta él. “Vivir significa tomar partido”, como decía Antonio Gramsci (1897-1937). Y el/la hateblocker toma partido por el cambio hacia una democracia más plena, más madura y donde el diálogo sea el protagonista.

## 2. Make Memes, Not War

Un hateblocker disfruta de internet y quiere seguir haciéndolo. El espacio público es ese campo donde las ideas y discursos se ponen en juego. Para que sea de provecho, ha de ser disfrutado. La contemplación del mismo como un ente aburrido y/o áspero hace que la ciudadanía se distancie del mismo, dejando de participar. Lo hemos visto en otros casos y espacios de socialización política. Para el caso que nos ocupa, estamos hablando de internet.

Cuando parte de la ciudadanía deja de participar en el espacio público de forma constructiva, el espacio público sufre de una tergiversación, puesto que el resultado de la deliberación está incompleto. Por tanto, cuando del espacio público se trata, es tan importante cuidar del fin como cuidar del medio. En otras palabras, para disfrutar el espacio público, uno tiene que afirmar y querer que el espacio público exista. No cabe, por lo tanto, que alguien pretenda tener cabida en el espacio público cuando su presencia implique la desaparición de otra persona.

La visión constructiva y libre de la democracia debe ser *conditio sine qua non* para la participación en el espacio público.

Hoy en día, el espacio público puede ser virtual y físico o puede ser ambas cosas al mismo tiempo y, en cualquiera de los casos, debe ser cuidado. Y esto no solo por los decisores públicos, sino por los mismos participantes en el espacio público. Para el caso que nos ocupa, los propios usuarios de internet deben, si quieren que siga existiendo, preservar la seguridad en la red. Sólo un uso razonable de la red de redes y una convivencia pacífica con el resto de internautas alejará deseos de control excesivo por Estados o por los operadores privados de las empresas tecnológicas y servicios de internet.

Para mantener la seguridad del espacio público (Volvemos a Hannah Arendt) no sólo hay que proteger el medio, sino al resto de participantes. En otras palabras, para que podamos seguir jugando, debemos proteger al juego, sus reglas y a los otros jugadores. Aunque nos machaquen. Por eso en las redes sociales vale casi de todo, menos tomarse las cosas demasiado en serio. Aquí podemos tomar una buena lección de los filósofos estoicos. Epicteto (50 d.C – 135 d. C) nos dejó un buen consejo para los tiempos de redes sociales: «Me río de los que piensan que pueden dañarme. No saben quién soy, no saben lo que pienso, ni siquiera pueden tocar las cosas que son realmente mías y con las que vivo. Escucha a los demás, pero sigue tu propio consejo: Si se habla mal de ti y es verdad, corrígete; si es una mentira, riéte».

Frente al “tremendismo” de los debates por internet y a sentar cátedra desde nuestra atalaya, los clásicos nos enseñan que la ironía, el buen humor y el ingenio son las mejores recetas para evitar sufrir por lo que piensen los demás. Lejos de pensar que la seriedad y la solemnidad es lo que da garantías en redes sociales, cada hateblocker recuerda las palabras de Friedrich Nietzsche (1844-1900): “La potencia intelectual de una persona se nota por las dosis de humor que es capaz de usar”.



### 3. Cada hateblocker interviene para reconducir la conversación hacia un tono constructivo

La indiferencia acostumbra a jugar a favor de quien ofende y no de la víctima. Hay razones serias y contundentes para no intervenir en una “conversación”, sin embargo, también existe el deber de socorrer a una persona que está siendo vejada por alguien. No hay por qué intervenir insultando, bastaría con denunciar de forma responsable aquello que consideremos infracción.

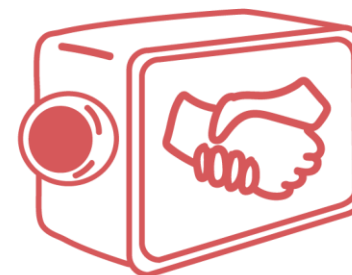
No obstante, ¿Qué es “denunciar de forma responsable”? Para que el espacio público sea sano, la opinión del otro ha de ser respetada. Si denuncio a una persona sencillamente porque no opina igual que yo, en realidad, estoy corrompiendo el espacio público, por lo que se ha de intervenir de forma tajante sólo cuando entendamos que la dignidad de una persona se está poniendo en juego.

Al mismo tiempo, debemos considerar a los debates como una forma sana de estar en el espacio público. Sin embargo, los debates por escrito a veces parecen “demasiado encendidos”. Elegir cautelosamente la palabra que vamos a escribir es fundamental para la pulcritud del debate. A su vez, contribuir a un debate de forma sosegada si vemos que existe un acaloramiento exacerbado es una buena opción solamente si lo que se pretende es contribuir a la sanidad del mismo.

Quien asume el rol de hateblocker debe prepararse para no tener una mera actitud contemplativa sino proactiva. Una resistencia pacífica que visibilice la falta de lógica, coherencia y mesura de quien actúa desde la brutalidad. Intervenir para implantar una idea en cada conversación demasiado sobreactuada: se puede transmitir la misma información a un tono más moderado. Y si no se puede, es que no es información relevante.

Siguiendo a Rafael del Águila (1953-2009), vivimos en sociedades donde el conflicto siempre estará presente. No existe una sola verdad, por lo que siempre habrá opiniones discordantes. La tragedia de la política solo se puede gestionar a través del pluralismo en el que las diferentes opciones estén presentes, pero a través de la “mesura”. Todas las ideas, cuando llegamos al dogmatismo, bloquean el diálogo. Y nuestra misión es abrir puentes, no cerrarlos. Eso sí, cada ciudadano/a tiene el deber de denunciar lo intolerable, para evitar caer en la banalidad del mal.

Por tanto, cada hateblocker interviene en el espacio público para facilitar el diálogo moderado y la mesura en la conversación.



#### 4. Cuenta hasta 10 antes de hablar

Como decíamos antes, elegir bien la palabra que vamos a decir es fundamental para la pulcritud del espacio público. Es vital que concibamos que, en las redes sociales, la comunicación no verbal de una conversación oral (el tono de nuestra voz, la actitud hacia la otra persona...) no está presente, de forma que se pueden llegar a equívocos. No es extraño ver una respuesta a un tweet y pensar que es insidiosa cuando, en realidad, nuestro contertulio no tenía esa intención.

Decía Aristóteles (384-322 a.C.) que “la templanza ocupa el término medio entre el desarreglo y la insensibilidad”. Entre la sobreactuación que imponen las redes sociales, así como el “pasotismo” que se incentiva para no entrar en polémicas, cada hateblocker debe ser capaz de encontrar un equilibrio positivo.

En las redes sociales el tiempo no pasa de la misma forma que en la vida real. Un tuit o una publicación quizás puedan borrarse, pero quedan grabadas en la plataforma y, desde luego, alguien puede hacer captura de pantalla para sacar de contexto ese comentario. Un ataque de ira en un momento muy concreto o un mensaje que tiene sentido en un contexto concreto pueden destruir la reputación de una persona si se saca a la luz tiempo después. Mordernos la lengua a veces cuesta, pero es lo más sensato.

Así, debemos pensar lo que decimos y tratar de afrontar esa pequeña frustración como lo que es: pequeña. Las redes sociales son una parte de la realidad, pero no son la realidad, de forma que no podemos afirmar ni observar las redes sociales como un todo imprescindible de nuestra vida. Estamos porque queremos estar y disfrutamos estando, si no, no tiene sentido. Antes de darle al botón de “Publicar”, merece la pena contar hasta 10.

#### 5. Nunca se dice nada en redes que no dirías en persona

El hecho de que las redes sociales no sean toda la realidad, no implica que no sean parte de ella. De esta forma, considerar que el otro existe es necesario. La misma forma que tienen las redes sociales, es decir, un aparato con forma de pantalla que nos permite interactuar, a veces, impide que concibamos al otro como un sujeto pleno, tan capacitado para esgrimir opiniones y tan sujeto a su propia realidad como nosotros y nosotras a la nuestra. Es decir: la persona con la que interactuamos existe y forma parte de la realidad, aunque no la hayamos visto nunca en persona, de forma que tenemos que ver a las redes sociales como una suerte de facilitadora. Pensemos: Tenemos la oportunidad de hablar con alguien que está a miles de kilómetros de mí: ¿por qué voy a desaprovechar esta oportunidad diciendo cosas abyectas que, en realidad, no son más que una construcción hecha por mí?

La sociedad actual se mueve demasiado en la lógica amigo-enemigo, conmigo-contramí. Cada vez más podemos ver las ideas de Carl Schmitt (1888-1985) sobre la política en el funcionamiento del debate público y, por ende, en las redes sociales. La “cultura de la cancelación”, según la cual si alguien hizo o dijo algo reprobable (según los estándares actuales) automáticamente todo lo que diga o haga es rechazable sigue esta lógica. Hemos visto a políticos imputados por tuits anteriores a jurar el cargo, a cómicos linchados públicamente y a jóvenes dejar las redes sociales por ese proceso de señalamiento colectivo.

Siguiendo los discursos de Chantal Mouffe (1943), frente a esta “democracia antagonista” que busca excluir al enemigo, debemos generar una “democracia agonista” que permita al adversario existir. No siempre vamos a estar de acuerdo y posiblemente nuestras opiniones entren en conflicto. Pero eso no significa que vayamos a

eliminarnos mutuamente. El primer paso para el funcionamiento de la democracia, las redes sociales y cualquier espacio público es reconocer a nuestro oponente su derecho a existir, a hablar, a representar otros intereses y a expresarse. Y a partir de ahí podremos confrontar, debatir, argumentar... Pero nunca excluir o eliminar.

## 6. Hay que saber diferenciar entre una opinión y quien opina.

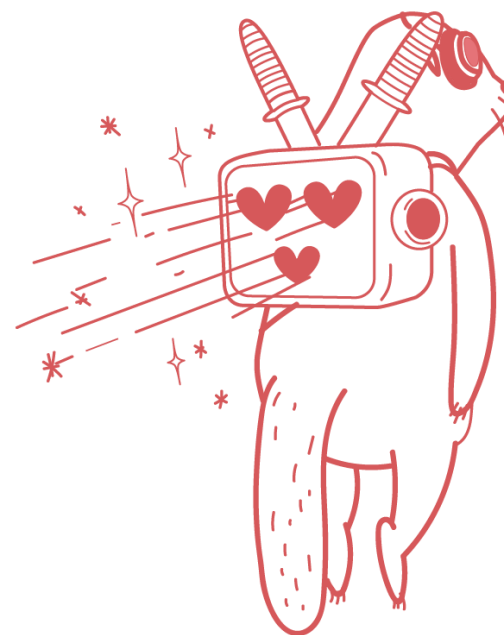
Derivado de lo anterior, quien pretende construir en el espacio público debe guardarse de cometer lo que se llama una falacia ad hominem. Esto es una manera de desacreditar un argumento no por su validez, sino por la persona que lo dice. Aunque una persona sea nuestra peor enemiga, puede que lo que diga tenga sentido, aunque no queramos verlo. Debemos ser capaces de separar el argumento de quien argumenta para analizarlo correctamente. Como dice Michael Corleone en El Padrino: "No odies a tus enemigos. Afecta a tu juicio".

Si pusiéramos las cartas sobre la mesa, veríamos que todo el mundo comete errores o que todo el mundo tiene unas determinadas circunstancias que podemos reprochar o alabar, dependiendo de nuestra opinión. Y, en cualquier caso, todo lo anterior resulta del todo irrelevante cuando se trata de debatir una cuestión.

Dicho de una forma sencilla: un reloj parado acierta dos veces al día. Tal es así que incluso una persona cuya actitud o circunstancia contemplemos como criticable, puede acertar en la elaboración de un argumento y, como tal, debemos respetarlo. Así, cuando el argumento sea criticable, no lo será porque lo esgrima alguien, sino que será criticable en sí mismo. Si no fuera así, cometeríamos la

injusticia de atribuir bondad a una persona u otra no por su discurso, sino por quién es.

Como dice Fernando Savater (1947), la libertad de expresión no supone admitir que todas las opiniones sean respetables. Las opiniones una vez saltan a la palestra podemos evaluarlas, criticarlas, refutarlas e incluso destruirlas. Pero nunca quemaremos a quien opina en la hoguera por haberlas enunciado.



**7. Cada hateblocker sabe que le pueden llevar la contraria (y a veces con razón)**

No somos seres perfectos. Tratar “al otro” como a un igual en las redes sociales, y no como un mero reflejo de una realidad de la que no somos partícipes, es fundamental para que exista pulcritud. Y, en tanto que le tratamos como a un igual, debemos entender y comprender que tiene las mismas posibilidades de tener razón que uno mismo.

Cuando reconocemos a nuestro interlocutor como un sujeto válido y capaz de esgrimir argumentos, se produce en el espacio público el necesario intercambio de ideas que refuerza la democracia o, al menos, la parte de democracia que reside en internet.

Siguiendo la definición del politólogo Joan Subirats (1951): “la fortaleza de una democracia se mide por el grado de disenso o de inclusión de minorías discordantes con el sentir mayoritario que sea capaz de contener”. En ese sentido, hacemos fuerte la democracia reconociendo, con humildad, que no siempre tenemos razón.

Como decíamos en el punto anterior, nuestra opinión no determina absolutamente a quienes opinamos. Hay una distancia de seguridad entre el “yo opino” y el “yo soy” que sirve de cortafuegos. Que refuten uno de nuestros argumentos no supone que seamos menos.

**SOUNDS  
LIKE  
HATE**

**8. Hay que hacer de muro contra la propagación de fake news**

Hoy en día, la democracia convive con internet, el invento que ha cambiado el mundo. Todo el mundo puede estar en las redes sociales, usarlas e informarse a través de ellas. Ello es relevante, dado que, de hecho, es severamente complicado que exista una democracia sin derecho a la información. Gracias al acceso a la información podemos formar nuestras opiniones, las cuales alimentan el proceso deliberativo que filtra unas en favor de otras y que, en última instancia, se traducen en acciones políticas y sociales que hacen funcionar la democracia.

La información veraz y contrastada que hace que la ciudadanía esté informada y, por lo tanto, pueda ejercer sus derechos de forma fehaciente es inseparable de la democracia. Sin información veraz, no hay libertad cierta, puesto que la ciudadanía no conoce todas las posibilidades que una determinada acción puede acarrear. Sobra decir que sin libertad cierta la democracia no es sino una ficción predeterminada.

El derecho a la información se ve discutido por un mal uso de internet: y es que, si bien el derecho a la información da pie a que el periodismo informe sin censura, también existe el derecho ciudadano a ser informado de una forma veraz, es decir, con información de calidad, fiable y contrastada. Y aquí entra en juego uno de los mayores enemigos de la democracia: los bulos.

Los bulos suelen servir para continuar o encender aún más el discurso del odio, siendo esto una consecuencia funesta. Dado lo anterior, el/la hateblocker vela (dentro de sus posibilidades) porque la información vertida sea real y de calidad, tratando de desmentir aquello que tergiversa y aportando valor a la información. De forma que detectamos cuando se está manipulando o distorsionando la

realidad y es capaz de promover que se contrasten fuentes, se eviten falacias y que la información vertida sea veraz y de calidad, tratando de desmentir aquello que tergiversa y aportando valor a la información. El/la hateblocker usa su arsenal de herramientas de fact checking y verificación de la información para detectar la desinformación, tergiversación y, en definitiva, la mentira para así contrarrestarla.

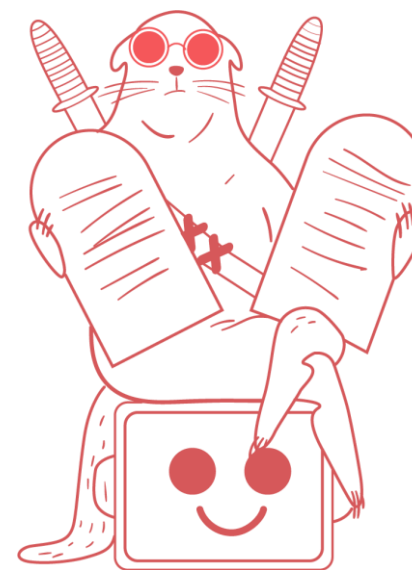
### 9. Cada hateblocker hace pedagogía entre su gente cercana

¿Debemos tolerarlo todo? Esta es una de las grandes reflexiones que se producen después de la era constitucional que sucedió a la Segunda Guerra Mundial. A este respecto, el filósofo alemán Karl Popper (1902-1994) estableció la “paradoja de la tolerancia”. Si toleramos discursos o actitudes que van contra la tolerancia, estos se harán tan grandes que, al final, no habrá tolerancia en absoluto. No en vano, la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948, en su artículo 30, nos previene de que ninguna de las disposiciones de la carta (relativas a la libertad de opinión, expresión, etc.) podrá usarse para limitar esos mismos derechos y libertades.

Todos los días, en nuestras redes sociales y en nuestros distintos ámbitos, escuchamos y leemos comentarios abyectos que, efectivamente, cercenan el espacio público. ¿Qué debemos hacer? Hay dos cosas que tenemos que tener en consideración: 1. las buenas personas se equivocan a menudo y 2. Quizás nuestra reacción sea contraproducente. En cuanto a la primera, pensemos en uno de los grandes acontecimientos (para mal) del S. XX: Hitler ganó las elecciones con unos resultados que hoy en día resultan espeluznantes por la holgada diferencia sobre el segundo competidor. ¿Todos los votantes de Hitler fueron malas personas? Resulta tremebundo pensar algo así. Lo que no resulta tan extraño

es pensar que cada persona tiene una circunstancia y está, como diría Jean Paul Sartre (1905-1980), condenada a vivir con ello. Los discursos de odio se instalan en poblaciones marcadas anteriormente por una declinación sociopolítica que hace que no contemplen más salida que esa. Por lo tanto, entender que mediante una reprimenda van a dejar de emitir discursos de odio sería cuanto menos idílico. De hecho, lo normal es que se reafirmen porque a nadie le gusta ser menos que nadie.

Volvamos a la consideración del otro. Cuando tratamos con alguien, debemos tratarle de igual a igual y no mediante una pose de sentida (cuando no fingida) aristocracia intelectual. Así, reforzar los valores positivos de alguien para objetarle un determinado comportamiento resultaría valioso, pues, como ya hemos dicho, no atacaríamos a la persona, si no que mostraríamos las flaquezas de un argumentario que, a menudo, se basará en la sinrazón.



# HATEBLOCKERS

**10. “Soy hateblocker y vengo a reclutaros”:** cada hateblocker aspira a inspirar y movilizar a más y más personas en la lucha por frenar la curva del odio.

¿Qué sentido tendría la fundación de un ideario de paz, sino es para contagiarla? En términos kantianos, un bien es verdaderamente bueno cuando es universal y no tiene condicionantes. Por eso creemos que es bueno contagiar a cuanta más gente mejor de un comportamiento cívico. Tomando el famoso grito de guerra del activista LGTBI Harvey Milk (1930-1978), venimos a reclutar.

“Reclutar” agentes de diálogo, personas libres deseosas de establecer puentes y conexiones en un nuevo espacio público que ofrece todas las posibilidades del mundo se convierte en un deber cuando observamos que, en la quijotesca misión de la democracia, cabe todo el mundo que tenga la voluntad de caber.

Al mismo tiempo, pretender establecer un espacio público sin que haya público en sí mismo resulta incongruente. Cuando se trata del espacio público y se concibe a la opinión y la dialéctica como el medio de construcción de la sociedad democrática, es necesaria la adición de nuevos actores, que aporten nuevas visiones y sujeciones que mejoren a la sociedad.